XVIII Domingo del Tiempo Ordinario, CICLO A
LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR JESUCRISTO

COMENTARIO

El acontecimiento que nos narra el evangelio de este domingo, corresponde seguramente a un episodio propio de la fiesta judía de las cabañas o Succot, que recordaba la vida del desierto. Durante una semana, y aún hoy en día también muchos lo cumplen, viven en chozas, recordando aquel peregrinaje de Egipto a la Tierra Prometida. De las tres fiestas anuales, probablemente esta es la más alegre y jovial.
(Este año cae del 29 de septiembre al 6 de octubre).
Imaginamos que nuestros cuatro protagonistas subieron entrada la tarde a la cima del Tabor y evidentemente, llegaron fatigados. Ninguno de los apóstoles amigos, pensó entonces en levantar el correspondiente y simbólico tabernáculo y sin entretenerse en otra cosa que descansar, se quedaron dormidos.
De repente algo les despertó y se encontraron sumergidos en el misterio. Pedro, el más viejo, propuso cumplir de inmediato con el precepto y levantar los correspondientes cobijos. Estoy seguro de que el Maestro sonreiría al escuchar tal sugerencia.
La voz del Padre en cambio, les sonó muy seria.
Si consideramos única y superficialmente la imagen plástica del acontecimiento, sin duda alguna la juzgaremos teatral. Ahora bien, contemplándola y tratando de descubrir el sentido que para Dios tenía tal encuentro, nos daremos cuenta de inmediato de que se trata de una cita trascendente, importante y pedagógica. Tal virtud la recibieron de inmediato los discípulos que escucharon sorprendidos palabras de Jesús, Moisés y Elías, pero a poco que reflexionemos, también lo serán para nosotros, aunque allí no estuviésemos.
Nos asombra de inmediato que la apariencia del Señor no fuera la que estaban acostumbrados a observar, cuando caminaba con ellos por Galilea. Nos maravillará también que aparezcan dos personajes de gran categoría en la historia de Israel. Están presentes y vivos, ellos que pertenecen al pasado. Tal presencia y apariencia no dejará de intrigarnos.
Antes de continuar os ofrezco, queridos amigos lectores, dos textos bíblicos

(I Co 15, 42ss)…"se siembra un cuerpo corruptible, resucita incorruptible; se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso; se siembra un cuerpo débil, resucita lleno de fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita espiritual. Si hay un cuerpo animal, lo hay también espiritual"

(I Te 5,23) -Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo…

No puedo detenerme a analizar con alguna profundidad la realidad humana que los textos bíblicos suponen, estos y otros, pero advierto que es muy diferente a la que vulgarmente se supone debe ocurrir al final de la vida. Cuerpo pegado al alma, despegados ambos un día, pegados firmemente durante la monótona eternidad. (Es

lo que supusieron escuchar de Pablo, los oyentes del Areópago en Atenas y por ello se alejaron de él la mayoría desilusionados)

Nos creemos limitados a ser un conjunto de moléculas en continuo cambio, de las que el 80% son de agua, que entra y sale permanentemente, también de calcio, que en llegando a edad madura va disminuyendo poco a poco nuestra estatura, etc etc.
Más que cuerpo, me gusta llamar a este nivel del ser humano, corporeidad, que es algo diferente.

Lo que observaron los discípulos diríamos hoy en día con cierta sorna, que fue suprema y sublime realidad en 3D.

(Os confieso, queridos lectores, que desde hace tiempo, estoy metido en ello. Son complejos y largos los apuntes que almaceno en mis carpetas. Tales reflexiones me ayudan a prepararme a la muerte con más serenidad y que aunque permanezca el misterio, la aguardo con Esperanza).

El episodio de la Transfiguración se torna, pues, enseñanza. No existe el ayer, el hoy y el mañana, todo es actual. Sin duda, desde la física quántica será más fácil de aceptar, sin llegar por ello a entender.

La oración nos sitúa en tal realidad.

Quien ignora o quiere negar la trascendencia, tendrá una idea menor de la realidad humana y su experiencia cotidiana será de menor calado.

(en uno de mis viajes, la puerta de la basílica del Tabor estaba abierta de par en par. Atardecía. Los rayos del sol entraban y se proyectaban en el altar y en mí, que celebraba misa. Me decían luego, que les parecía que yo mismo también estaba transfigurado. ¡pobre de mí, si no gozara de otras experiencias de mayor hondura!)

TEXTOS

de la profecía de Daniel (7, 9-10. 13-14)

Miré y vi que colocaban unos tronos. Un anciano se sentó. Su vestido era blanco como nieve, su cabellera como lana limpísima; su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas; un río impetuoso de fuego brotaba y corría ante él. Miles y miles lo servían, millones estaban a sus órdenes. Comenzó la sesión y se abrieron los libros.
Seguí mirando. Y en mi visión nocturna vi venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo.
Avanzó hacia el anciano y llegó hasta su presencia.
A él se le dio poder, honor y reino.
Y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron.
Su es un poder eterno, no cesará.

Su reino no acabará.

de la segunda carta del apóstol san Pedro. (1, 16-19)

Queridos hermanos:
No nos fundábamos en fábulas fantasiosas cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino en que habíamos sido testigos oculares de su grandeza.
Porque él recibió de Dios Padre honor y gloria cuando desde la sublime Gloria se le transmitió aquella voz:
«Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido».
Y esta misma voz, transmitida desde el cielo, es la que nosotros oímos estando con él en la montaña sagrada.
Así tenemos más confirmada la palabra profética y hacéis muy bien en prestarle atención como una lámpara que brilla en un lugar oscuro hasta que despunte el día y el lucero amanezca en vuestros corazones.

del Evangelio según San Mateo (17,1-9)

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto.
Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.
De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.
Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:
«Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».
Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:
«Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo».
Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.
Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo:
Al alzar «Levantaos, no temáis».
los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.
Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó:
«No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».